

RAFAEL HELIODORO VALLE

Gabriela Mistral en mis recuerdos

CUANDO Gabriela Mistral llegó a México, siendo José Vasconcelos secretario de Educación Pública, fui uno de los que más la trató y atendió, con un entusiasmo que sobrepujaba a la admiración. En la revista *El Libro y Pueblo*, órgano del Departamento de Bibliotecas de la Secretaría, publiqué un artículo saludándola. Ahora convoco mis recuerdos sobre ella, especialmente las atenciones que Vasconcelos le prodigó desde 1922, cuando por su encargo escribió *Lecturas para mujeres*. Ya conocía yo las hermosas palabras del crítico chileno Alone (Hernán Díaz Arrieta) con motivo de la tragedia en noviembre de 1909.

Gabriela admiraba mucho a Gabriel D'Annunzio y al poeta provenzal Federico Mistral, el de *Mireya*; y de ahí que de ambos formara su nombre de letras, porque ella se llamaba, como bien se sabe, Lucila Godoy y Alcayaga.

Le hice una entrevista que publiqué en *El Universal Ilustrado* en esta capital y que reprodujo al año siguiente *Repertorio Americano*, de San José de Costa Rica, el 16 de abril de 1923; pero Gabriela me rectificó diciendo: "Por tantas ocupaciones de estos días, no he podido hacer la rectificación parcial de su entrevista, fina y amena, publicada por el *Ilustrado*.

"Contiene ella varios errores, uno leve y dos graves. (La charla bullente del grupo ha tenido la culpa de estos yerros). 1º Al hablar de don Andrés Bello, dije yo que le respetaba pero no le quería, por no haber defendido o escudado con su alta autoridad moral a Francisco Bilbao —figura ésta de la democracia de mi país, que yo admiro calurosamente—. Don Andrés desde su alta situación intelectual y social no podía envidiar a Francisco Bilbao, muchacho, desconoci-

do, pobre. 2º Cuando usted me aludió a los entretenimientos populares de aquí, entre otros a las corridas de toros y me preguntó sobre el pueblo chileno y su alcoholismo, le contesté con mi franqueza de siempre que el vicio dominaba todavía a nuestro pueblo; pero no agregué palabra alguna que dijera falta de fe en su porvenir. Usted me lo ha oído otras veces: de las clases sociales de mi país, debo a la aristocracia una protección generosa: la de su defensa cuando se hizo campaña contra mi nombramiento para un liceo; pero la clase dentro de la cual me siento, aquella de la que espero más y a la que amo de corazón es la clase obrera. 3º La otra rectificación es de menor cuantía: su servidora hace versos, pero no lleva melena... (Agrego este detalle sólo para quitarle gravedad a las rectificaciones anteriores).

"Mil gracias por las exquisitas gentilezas del artículo.

"Un saludo cordial de su compañera

Gabriela Mistral".

Gabriela tuvo dos grandes apreciadores de su valor humano y literario: don Pedro Aguirre Cerda, quien fué ministro de Instrucción Pública y Presidente de Chile, y José Vasconcelos cuando era secretario de Educación Pública de México.

Puede precisarse su cronología así: en 1889 nació; en 1909 sufrió el terrible choque moral que le sobrevino al suicidarse su novio el ferrocarrilero Romelio Ureta; en 1914 obtuvo un premio con motivo de *Sonetos de la muerte*, en Santiago de Chile; en 1922 llegó a México, invitada por el Presidente Obregón; en 1928 fué catedrática de Castellano e Historia de la Civilización en el Middlebury Col-

lege y en el Barnard College de Nueva York, habiendo en ese año representado al Ecuador y Chile en el Congreso de la Federación Internacional de Universidades en Madrid; en 1932 fué cónsul de su país en Nápoles y Lisboa; al año siguiente cónsul en Madrid; en 1938 cónsul en Niza; en 1940 cónsul en Petrópolis; en 1945 recibió el Premio Nobel de Literatura. Había también sido secretaria del Instituto de Cooperación Intelectual en la Sociedad de las Naciones y fundó la Colección de Clásicos Iberoamericanos traducidos al francés en 1926.

Las obras de Gabriela fueron las siguientes: *Desolación* (Nueva York, 1922); *Ternura* (Montevideo, 1925); *Sus Mejores Poesías* (Barcelona); *Todo es ronda, Invitación, Dame la mano, Al oído de Cristo, Al pueblo hebreo y Tala*. Sobre Gabriela Mistral han escrito Luis Arquistáin, Eduardo Barrios, Roberto Brenes Masén, Antonio Castro Leal, Enrique Diez Canedo, Armando Donoso, Rafael Esténger, Carlos García Prada, Alberto Gerchunoff, Alberto Insúa, Ricardo A. Latcham, Luisa Luisi, Juan Marinelo, Luis Eduardo Nieto Caballero y Virgilio Figueroa, quien publicó el libro *La Divina Gabriela* (Santiago de Chile, 1933). Federico de Onis ha escrito sobre ella: "En todo lo que hace, muestra una natural superioridad, y en todo lo que toca deja profunda huella. Avanza con un aire de reposo y serenidad milenarios; su voz suena quejumbrosa, igual y distante, con matices de dureza y de dulzura difíciles de imaginar, la contracción dolorosa de su boca se deshace en una sonrisa de infinita suavidad. Alma tremendamente apasionada, grande en todo, después de vaciar en unas cuantas poesías el dolor de su desolación íntima, ha llenado ese vacío con sus preocupaciones por la educación de los niños, la redención de los humildes y el destino de los pueblos hispánicos. Todo esto en ella no son más que otros modos de expresión del sentimentalismo cardinal de su poesía, su ansia insatisfecha de maternidad, que es a la vez instinto femenino y anhelo religioso de eternidad. Las fuentes de su arte literario, demasiado próximas y visibles,

son indiferentes ante la magnitud e intensidad de su pasión, que encuentra siempre, a través de no se sabe qué esfuerzos recónditos, la justeza de la expresión en las palabras de sabor más íntimo y universal de la lengua castellana".

En la revista *El Maestro*, que se editó en esta capital de 1921 a 1923, hay escritos de ella y en el último año apareció su magnífica prosa: *México maravilloso: las grutas de Cacahuamilpa*.

La penúltima vez que la vi fué en Washington en el año de 1951, cuando la Academia Franciscana de Historia Americana le confirió el Premio América, premio que también ha ganado el doctor Pablo Martínez del Río. La encontré ya enferma, pues la diabetes la consumía, y, por cierto, que se negó a recibir el homenaje del Ateneo Americano de Washington, pues no quería ver a nadie.

La última vez fué en Nueva York en octubre de 1954, durante los festejos del centenario de la Universidad de Columbia, en una reunión de historiadores y sociólogos, en la que se encontraban invitados de cada uno de los países de América. Estaban allí Bernardo Housay, Premio Nobel de Medicina, de la Argentina; Alberto Lleras Camargo, Germán Arciniegas y Eduardo Santos, de Colombia; Justo Pastor Benítez, del Paraguay; Jorge Basadre, del Perú; Jorge García Granados, de Guatemala; etc. Francamente no estuvo muy feliz Gabriela en aquella circunstancia. Quizá la enfermedad la minaba ya muy profundamente. Habló con vaguedad sobre su tema ya muy gastado: la despoblación del campo en provecho de las ciudades. Asistió sólo esa vez y nunca más la volví a ver.

Gabriela mereció que México pusiera su nombre a una de sus escuelas y que le elevara una estatua en la secretaría de Educación Pública. Conservo de ella en mi álbum de autógrafos las siguientes líneas, escritas el 10 de septiembre de 1922: "¿Por qué el arte no ha de ser el nuevo misticismo? ¿Por qué no ha de encender cierto imperativo de santidad? Creo en la belleza como en una técnica que sólo cae en pliegues perfectos sobre el cuerpo de Cristo, de nuevos Cristos".